

—Eso he dicho yo; porque es imposible que una familia tan respetable, tan distinguida, hubiera cometido los crímenes que dicen.

—La doy á V. mil gracias por el juicio que ha hecho de nosotros; ojalá todo el mundo piense como V.

—Vaya si pensarán, sí, señor; y diga V.: ¿es verdad que el señor marqués está preso?

—Sí, señora; él ha sido la víctima, tenían que apresarle para que no se pudiera defender; pero se han engañado, porque aquí está su hijo, que probará su inocencia, vengándole de tantas injurias; por eso vengo á buscar á mi amigo Temistocles, para que me ayude.

—¿Qué dice V.!.... si el señor D. Temistocles hace mas de ocho dias que se marchó á Italia.

—¿A Italia?.... no lo sabía.

—Me estraña mucho siendo tan amigos.

—Es que yo me marché de Madrid sin decirle nada, y no ha podido escribirme su resolucion. ¿Y sabe V. si iba solo?

—No, señor; segun nos dijo, le acompañaba una dama de alto rango.

—¡Oh! no hay duda, exclamó Clodomiro para sus adentros: se ha marchado con ella; luego, levantando la voz, preguntó á la oficiosa patrona: ¿Y no se sabe el punto fijo á dónde han ido?

—A Venecia; pero aquí tiene V. la direccion que nos dejó escrita en un papel para que se le mandasen las cartas que tuviera.

—Permítame V. copiarla en mi cartera, dijo Clodomiro apoderándose del papel y acercándose á la luz que la patrona tenia en la mano.

—Sí, señor, con mucho gusto; y si alguna otra cosa se le ocurre á V., ya sabe que deseo complacerle.

—Muchas gracias, señora; quizá venga luego á dormir.

—Está bien, tendré preparada una cama.

—Entonces, hasta despues; si á las doce no he venido, no se moleste en esperarme mas.

—Aunque sea hasta la una; lo que yo deseo es tener ocasion de servirle.

—Adios, señora; hasta luego, dijo Clodomiro bajando ligeramente la escalera.

Cuando salió á la calle, se dirigió á la cárcel donde su padre estaba preso. Necesitaba verle, necesitaba cerciorarse de aquella horrible fatalidad para tomar una determinacion decisiva.

Algun trabajo le costó alcanzar el permiso para verle, á consecuencia de lo avanzado de la hora; por fin, vencidas todas las dificultades, entró en el calabozo, que era lóbrego y sombrío.

Sobre un pobre y duro lecho estaba acostado el que habia sido opulento marqués de Blancarosa.

Su abatimiento era estremado, su palidez cadavérica; pero se hallaba tranquilo, dormia como si, habiéndose descargado de un peso enorme, pudiese descansar al fin.

Cerca de la cabecera habia una mesita, donde estaba puesto un candelero con una bujía que alumbraba débilmente la húmeda y triste estancia.

Al pié de la cama una silla, en la que se dejó caer Clodomiro contemplando con dolorosa tristeza al prisionero.

Éste no habia sentido abrir la puerta, pero sintió el crugir de la silla y el hondo suspiro que lanzó su hijo al encontrarle en aquel estado.

Entonces se incorporó, y mirándole con ojos atónitos, exclamó:

—¿Eres tú, hijo mio?

—¡Ah!.... ¡padre mio!.... murmuró el jóven abriendo los brazos y precipitándose en los que su padre le tendia.

Permanecieron estrechamente abrazados, percibiéndose en medio de aquel silencioso aposento el eco ahogado de los sollozos que ambos lanzaban, no pudiendo separarse ni hablar una palabra.

Clodomiro fué el primero que, dominando su emocion, pudo decir al cabo de un rato:

—Pero, padre mio, ¿qué es esto?... ¿qué infame calumnia arrojan sobre su frente?

—¡Ay, hijo querido!.... ¡cuánto dolor siento al tener que desengañarte, confesándote la horrible verdad!....

—¿Luego lo que dicen es cierto?

—Demasiado, por desgracia.

—¡Y yo que juzgué á mis padres inocentes!....

—Te has engañado, y si no, mira mi cabeza agobiada por el inmenso peso de la culpa.

—¡Conque era verdad!.... exclamó el jóven con un acento de infinita desesperacion.

—Sí, somos culpables y seremos castigados con todo el rigor de la ley; pero dime: ¿tu madre se halla presa tambien?

—Creo que ha desaparecido, como mi hermana Cristina.

—¿Y Tránsito?

—Está con unos ancianos á quienes llama sus abuelos.

—Y lo son, hijo mio, no lo dudes; tu madre los ha desconocido largo tiempo; ¡ay! ¡quiera Dios que no hagais lo propio con ella!

—¿Conque entonces mi madre es aquí la culpable? ¡mi madre es la causa de todo!....

—Lo somos ambos; yo fui demasiado débil al acceder á sus pérfidos consejos, dejándome llevar por sus ideas y su inmensa sed de riquezas y de honores.

—¡Oh! ¡Dios mio!.... ¡qué será de nosotros!....

—¡La infamia!.... ¡el oprobio os aguarda solamente!.... exclamó D. Alvaro cubriéndose la cara con las manos y sintiendo su desgracia por sus hijos, mas que por él.

Clodomiro se levantó, y con la cabeza inclinada sobre el pecho se paseaba con agitacion por el calabozo.

Hé aquí lo que iba pensando en su interior:

—El término de esto será el cadalso para mi padre, el deshonor para nosotros; ¿qué remedio me queda? saltarme la tapa de los sesos de un pistolazo, ó marcharme al extranjero con otro nombre; adquirirme si puedo una fortuna y pasar la vida lo mejor que se pueda; para esto necesito dinero, y solo tengo una cantidad insignificante, ni nadie me lo dará; por consecuencia, si quiero vivir,

no tengo mas remedio que casarme con Atilana, coger los diez mil duros de dote y largarme con ellos á Italia, á reunirme con Temistocles y Cristina. Pues, señor, mi determinacion es segura: mañana llevo los papeles y nos casamos antes de que se aperciban de lo que pasa. Si lo supieran, serian ellas las primeras á despreciarme.

Resuelto á llevar á cabo su idea, Clodomiro, cuyo egoismo era tan refinado que solo pensaba en sí, se volvió hácia su padre, y aunque le vió triste y meditabundo, ni una palabra de consuelo se le ocurrió que prodigarle, solo dijo:

—Y bien, padre mio: si nuestra situacion es tan desesperada, ¿qué debo hacer?

—Seguir el ejemplo de tu madre y de tu hermana, marcharte al extranjero, donde podrás vivir sin que las gentes te señalen con el dedo, ni arrojen sobre tu rostro la infamia de nuestro crimen.

—Ese ha sido mi pensamiento; y me alegro que se halle conforme con el de V.: en este caso, no puedo perder un minuto, y aunque sienta desgarrado mi corazon, me veo en la sensible necesidad de abandonar á V.

—Adios, hijo mio, no pases pena por mí; yo me hallo ya bajo el amparo de las leyes, y estoy tranquilo, porque dentro de breves dias dejaré este mundo de miserias para volar á otro mas hermoso, donde reina la eterna justicia.

—¿Luego espera V. morir?

—¿Y quién lo duda?

—Yo lo dudo; es imposible que V. muera. ¡Oh! dígame V. qué debo hacer para salvarle, y lo intentaré, haré para conseguirlo cuantos sacrificios sean necesarios.

—Solo una muger podria salvarme, y esa me condena.

—¿Y quién es?

—Alejandrina, la hija de D. Jorge, la legítima marquesa de Blancarosa.

—¿Quiere V. que la vea, que solicite su perdon?....

—¡Ay! no quisiera morir sin alcanzarle; daria por verla, por

hablarla un instante no mas, los escasos días que me restan de vida.

—Bien, padre mio; yo la haré presente ese deseo, y vendrá, no lo dude V.

—¿Y volverás á traerme su contestacion?

—Volveré; pero antes quiero cumplir á una muger una palabra que la he dado.

—¿Y cuál, Clodomiro? ¿qué palabra es esa?

—La de casamiento.

—¿Vas á casarte? no engañes á nadie, mira que nuestra situacion es muy crítica.

—No puedo hacer otra cosa, la debo mi mano y se la doy.

—Si es un deber de conciencia, haces bien en cumplirlo; en este caso, lleva mi bendicion, hijo mio, y apártate, por Dios, de la senda del mal; no te dejes llevar de esa ambicion inmoderada que tiene por término el cadalso.

—¡Oh! no hablemos de eso; hace daño pensarlo solamente.

—¡Te estremeces!... ¡y no conoces toda la amargura que encierran los remordimientos que me devoran!....

Don Alvaro inclinó su cabeza con señales de un abatimiento profundo.

Clodomiro, á quien verdaderamente mortificaba aquella conversacion, aprovechó la oportunidad para marcharse, dando á su padre un abrazo y prometiéndole volver antes de tres días.

El orgulloso jóven pensaba desde luego cumplir su oferta; pero antes queria realizar su enlace; conveníale mucho para sus proyectos apoderarse de los diez mil duros, que habian de ser la base de su futura fortuna.

En este propósito, salió de la cárcel, dirigiéndose á buen paso á casa de la patrona de Temistocles, donde descansaria las horas que quedaban de noche, preparándose á madrugar para llevar á cabo su proyecto antes que la nueva fatal de su desgracia llegase á oídos de la previsora doña Irene.

CAPITULO V.



Boda clandestina.



TRES dias habian trascurrido desde la visita hecha á su padre por Clodomiro, cuando ya tenia éste el permiso del vicario para casarse y todos sus documentos corrientes; es verdad que para conseguirlo tuvo que reducir casi á la nulidad los doscientos duros que D. Júdas Cataratas le habia dado por las joyas de la marquesa; pero ¿qué le importaba, si esta cantidad le proporcionaria diez mil duros?

No se olvidó escribir diariamente á su prometida, dándola parte del estado de sus negocios y exortándolas á que todo lo tuviesen prevenido para su llegada, cuidando con especial esmero de guardar el mas inviolable secreto.

Así lo hicieron en efecto.

Era un sábado al anochecer; despues de una tarde apacible y hermosa, se levantó un frio viento del Norte, que obligó á doña Irene y á su hija á recogerse dentro de sus habitaciones, abandonando el olivar vecino á su quinta, donde aguardaban la llegada de Clodomiro.

Entraremos con ellas en una salita baja, amueblada con suma sencillez y en la que ya se ostentaba cubierto de flores y adornos un pequeño y gracioso altar, donde los novios debían desposarse.

En un gabinetito inmediato estaban las joyas, trages y encargos que doña Irene había hecho á Clodomiro y que éste mandó anticipadamente.

Atilana fué á sentarse cerca de una ventana con visible mal humor y sin dejar de mirar al camino de Cienpozuolos.

Doña Irene, que veía la ansiedad pintada en el rostro de su hija, se acercó á ella y la dijo:

—¡No sé por qué hoy, que debieras estar alegre, te hallo triste! tú siempre has de ser rara en todo.

—¿Y qué quiere V., mamá?... de tanto desear esta boda, desconfío y me parece que no la voy á ver realizada.

—Cuando tú pierdes la confianza, la recobro yo; antes de marcharse Clodomiro, tuve mis temores: figurábame que su idea no era casarse, sino divertirse, pasar el tiempo; pero desde hace tres dias, ó mas bien, desde que hemos recibido sus cartas llenas de protestas ardientes y de minuciosos detalles sobre los pasos que ha tenido que dar para conseguir el permiso competente, le creo seguro.

—Tambien eso á mí me convence; pero tengo una tristeza que no la puedo desechar, dijo la jóven casi llorando.

—¡Qué necia eres, y qué aprensiva! jamás he visto que una novia lllore en vísperas de casarse, y mas haciendo el fortunon que vas á hacer!.... ¡pues ahí es nada!.... ¡friolera! ¡casarse con un marqués!.... poder llevar carruajes.... trenes.... espléndidos trages.... ¡Jesús!.... ¡cuánta felicidad!.... mira, Atilanita, ¡nos vamos á dar un tonol!.... Que rabien las que nos tengan envidia.... y que van á poner una cara la doña Blasa y su hija, aquellas vecinas de enfrente que tanta burla nos hacian!.... ¡Oh! por lo mismo hemos de pasar mas de dos veces en carretela descubierta por debajo de sus balcones para deslumbrarlas con nuestro fausto, y que se muerdan los lábios de coraje.

La alegría de la vieja al hacer esta pintura de sus futuros go-

ces, era estremada; su hija la miraba, llegando por fin á sonreirse ante tan halagüeña perspectiva.

La pobre Atilana era una alma cándida, que se dejaba manejar con la docilidad de una niña de ocho años. Acostumbrada á doblegarse siempre á la inflexible voluntad de la dominante vieja, habia concluido por no tener iniciativa ni deseos que no fuesen inspirados por su madre.

Así fué que, siguiendo los consejos de ésta, aceptó el amor de Clodomiro y su alianza despues, sin que pudiera decirse que en su corazon se habia encendido la ardiente llama de una pasion inextinguible.

Halagada su vanidad, satisfecho en alto grado su amor propio y convencida de que aquel amor haria la felicidad de toda su vida, le dió culto en su alma y hasta llegó á imaginarse que amaba con un delirio infinito, como si su naturaleza apática y fria fuese capaz de abrigar una de esas pasiones volcánicas que solo pueden sentir las personas dotadas de un corazon ardiente, de una imaginacion de fuego y de un alma elevadísima y sensible.

Tambien se alegraba de aquel casamiento, porque así recobraría un poco de libertad; sentíase ya algo agobiada por la mano de su madre, que ni la dejaba pensar, sentir, ni obrar á su gusto. Pues aunque escasa de inteligencia, no era completamente agena á ese espíritu de altivez tan natural en la raza española, que hace suspirar por la vida independiente y libre, aunque sea á las personas mas ineptas.

Con estas cualidades fácil es de comprender que casándose por capricho, sentiria infinito un contratiempo que contrariase sus planes; por eso, aunque escuchaba la interminable y descompuesta charla de su madre, no dejaba de mirar el limite de la senda que conducia á Cienpuzuelos y por la cual debia llegar Clodomiro. Empero esta silenciosa contemplacion no podia prolongarse; la noche, tendiendo sobre la tierra sus enlutadas sombras, ocultó á su tenaz mirada la senda, y ya solo veia bultos informes, en los que siempre se imaginaba hallar la figura de su amante, y solian ser peñascos ú olivos.

Aquella cruel ansiedad necesitaba un término, y le tuvo efectivamente, si bien despues de dos horas de angustioso esperar; mas como fué satisfactorio, pronto se olvidó el mal rato pasado para entregarse al regocijo presente.

Como á las ocho de la noche, sintieron el redoblado repique del aldabon que una mano convulsiva agitaba en la puerta de la calle.

—¡Ya le tienes ahí! gritó doña Irene; á ver si acabas de agonizar; y se levantó para salir al encuentro de los recién llegados.

—¡Gracias á Dios!.... exclamó Atilana siguiendo á su madre.

Poco despues entraban en la sala, acompañadas de Clodomiro, del cura de Cienpozuelos y de otras varias personas del mismo pueblo, que conocian á doña Irene y se habian prestado gustosas á ser testigos de aquella boda clandestina, prometiendo guardar sobre ella el mas inviolable secreto.

El gozo de Atilana y de su madre no tenian igual al ver por fin realizado el sueño de toda su vida, satisfecha su ridícula vanidad y en posesion de un título aristocrático de los mas ilustres.

Clodomiro por su parte tambien estaba contento, porque veia la base de su futura grandeza en aquellos diez mil duros que constituian el dote de su prometida, y que se hallaban en poder del rico capitalista D. Severo Pintarroja.

La nueva de las terribles desgracias de este personaje, así como las de los marqueses de Blancarosa, no habian tenido eco todavia en la casa de campo á donde voluntariamente se aislaron Atilana y su madre; sin embargo, ya en Cienpozuelos corrian alarmantes rumores sobre estos personajes, que ellas no pudieron oir por el absoluto retiro en que vivian.

Cuando los convidados, que eran cinco ó seis, se apercibieron de que habian sido invitados para asistir al desposorio clandestino del primogénito de Blancarosa, se miraron unos á otros con cierto asombro como dudando que aquel jóven tuviera humor para casarse, cuando tan terribles desgracias amagaban á su familia.

Empero nada podian hacer sino callar y ser testigos del solemne acto que se preparaba con el mas expansivo regocijo.

Como la previsora doña Irene lo tenia todo prevenido de ante-

mano, no hubo necesidad de preparativos, no por consecuencia de dilacion ninguna, así fué que cuando el reloj de la villa dió con acompasado y lento son las diez de la noche, ya el sacerdote habia recibido de los novios el sagrado *sí*, enlazando sus manos para siempre con el indisoluble lazo conyugal.

A doña Irene la faltaba tiempo para esclamar, apenas concluyó la ceremonia:

—¡Ea, hijos míos! ¡ya sois esposos!... Dios os haga bien casados.

Luego, volviéndose hácia los convidados, les dijo como queriendo darse importancia:

—Hé aquí, señores, á mi Atilana, que desde la cuna tuvo ya hmos aristocráticos, se empeñó en ser marquesa, y lo ha conseguido.

Los convidados volvieron á sus risas y á sus chicheos, mirándose, encogiéndose de hombros y sin saber qué decir, ni qué juzgar de la escena que estaban presenciando.

Doña Irene les hizo pasar á una salita sencillamente decorada, donde tenia dispuesto un ligero refresco; entonces, sentados cada cual en torno de la mesa, la conversacion se animó, las bromas empezaron y la alegría fué general. Unicamente el anciano sacerdote estaba triste; su meditativo y sombrío aspecto dió en que pensar á los convidados, que procuraban hacerle partícipe de su contento.

—¿Pero le ha sucedido á V. alguna desgracia? le preguntó doña Irene.

—A mí, no señora; pero le ha sucedido á uno que fué amigo mio, hombre á quien yo tenia por honrado y caballero, habiéndome llevado un chasco tan solemne como inesperado; esto es lo que me hace estar caviloso y mal humorado; pues francamente, me contrasta hallar el refinamiento de la maldad tan encarnado en el corazon del hombre.

—¡Oh! eso debe ser una cosa muy curiosa, cuéntenosla V., señor cura, esclamó doña Irene apoyándola tres ó cuatro de los convidados.

Clodomiro se puso pálido, llegó sin duda á figurarse que iban á

sacar á cuento la historia de su familia; pero se tranquilizó al pensar que conociéndole á él debían callar siquiera en su presencia.

El sacerdote, cruzando las manos encima de la mesa, exclamó con aire de tristeza suma:

—Me es doloroso creer tal infamia en un hombre que ha vivido quince años respetado de todo el mundo, en un hombre que ha sabido crearse una envidiable reputación.

—Pero en fin, ¿qué es ello?... sepámoslo, dijeron varios.

—Les parecerá á Vds. tan imposible como á mí, dijo el señor cura.

—¿Y ha sido en Madrid?... preguntó Clodomiro, que no podía dominar su horrible impaciencia.

—Sí, señor; el caballero á quien me refiero, vivía en Madrid: era un rico capitalista, muy querido de cuantos le conocían y tenido, sino en opinión de santo, poco menos, á causa de su vida austera, retirada, de su admirable modestia y de su sencillez, cuando tenía un capital tan fuerte.

—Sería tonto ú avaro, exclamó uno de los convidados.

—Era un infame, señores; él decía, y así se creía por todas partes, que el origen de sus riquezas era una herencia; y en efecto era así; pero aquella herencia tenía tres herederos, tres inocentes niños que el malvado hizo desaparecer, sin que se haya vuelto á saber de ellos despues de quince años, hasta hoy, que se han presentado á la autoridad con las pruebas competentes, reclamando su nombre y sus bienes y desenmascarando al miserable, que al verse perdido, ha escapado sin duda al extranjero, porque en Madrid no se le encuentra!

—¡Qué picardía!.... ¿y cómo se llama ese señor? preguntó doña Irene.

—No hay inconveniente en decirlo, siendo una cosa tan pública: se llama fray Severo Pintarroja.

—¡Ay! ¡Virgen del Carmen!.... ¡ay!.... ¡yo me muerol.... ¡Te has quedado sin dote, Atilana mía!.... ¡ay! ¡mis diez mil duros!... ¡mis ahorros de tantos años, se los ha llevado el demonio!.... ¡infame!.... ¡bribon!....

En todas estas exclamaciones prorumpió doña Irene apenas oyó el nombre del fraile, en cuya casa tenia depositado el dote de su hija.

Clodomiro se levantó como herido de un rayo, y dirigiéndose á ella precipitadamente, la preguntó:

—¿Era en casa de D. Severo donde tenia V. los diez mil duros?

—Sí, hijo, sí, allí estaban; todo se ha perdido.....

—¡Maldicion! ¡y para esto me he casado yo!.... exclamó el jóven furioso, dando un violento puntapié á la silla que tenia delante.

Al ver su desesperacion, todos le miraron; la misma doña Irene se calmó un tanto al ver en aquel estado al marido de su hija, y le dijo:

—Pero ¿qué importa esta pérdida, siendo tú el primogénito de un marqués?....

—¡Qué marqués ni qué demonio!.... exclamó el jóven saliendo á la habitacion inmediata, donde abrió una ventana y saltando al campo, echó á correr, desapareciendo á poco entre los árboles del camino.

—¡Pero Dios mio!.... ¿qué es esto?.... exclamó asustada Atilana levantándose para seguir á Clodomiro, si bien llegó tarde, porque volvió diciendo:

—¡Se vá, madre mia!.... ¡se vá y nos deja!....

—Es muy estraña su conducta..... y no sé qué pensar.

—Siéntense Vds. y déjenle; yo les contaré lo que hay, dijo uno de los convidados.

—¿Pero V. lo sabe? exclamó Atilana.

—Sin duda lo sabré cuando aclaren una duda que tengo, dijo dirigiéndose á doña Irene.

—Sí, señor, con mucho gusto; pero hable V. pronto.

Atilana en tanto estaba en la ventana esperando que volviese su marido, creyendo se habia marchado por ocultar su desesperacion.

El caballero preguntó á doña Irene:

—¿Sabía V. lo que ha ocurrido con la familia de D. Clodomiro?

—No, señor, no sé nada de ellos; pues ¿qué hay?

—Les ha sucedido lo propio que á D. Severo Pintarroja; asesinaron al anterior marqués, y haciendo desaparecer á su hija, se apoderaron de un título y de unos bienes que hoy les reclama la legítima heredera.

—¡Cielo santo!.... ¡esto ha sido una picardía!.... exclamó desesperada la vieja.

—¿Y es eso cierto?... ¿se sabe de positivo?... dijo Atilana pálida y trémula de indignacion.

—Como que el marqués está preso, y muy pronto pagará sus crímenes en un patíbulo.

—¡Y ese infame nos ha engañado, envolviéndonos en su ruina!... gritó Atilana saltando por la ventana y corriendo detrás del jóven.

—¡Oh! ¡es preciso alcanzarle!.... y que sufra el peso de mi justa cólera, ya que se ha portado con nosotras como un hombre sin honor, dijo doña Irene siguiendo á su hija.

Todos las siguieron, pero en vano; Clodomiro habia desaparecido.

La pobre madre y la tierna desposada cayeron al pié de un olivo sin fuerzas para sostenerse. El porvenir se presentaba á sus ojos negro y sombrío; enlazadas por un vínculo sagrado á la familia de un asesino, se consideraban horriblemente despreciadas por el mundo y bastante castigada su ridícula vanidad.

Atilana prorumpió en un copioso llanto. Y doña Irene, no pudiendo llorar, cayó en tierra sin sentido.

Esta vez su accidente fué verdadero, su dolor profundo: la infeliz habia sido atacada de una convulsion nerviosa.



CAPITULO VI.

—

Visita inesperada.



COMPAÑADME, lectores míos, á casa de Guillermina, la diminuta, pero bellísima jóven que despues de tantos años, aspiraba por fin el aura de una ventura inefable.

Sentada en su gabinete, en un rico divan de terciopelo azul, tenia á su derecha al conde, que la contemplaba enagenado, y á sus piés en una pequeña banquetta á su tierno hijo, que era un hermoso adolescente de ojos árabes y negra cabellera.

Los que hayan conocido á Lúcas de Mendoza, esposo de Guillermina, en su juventud, no podrán menos de notar en el gracioso niño una semejanza perfecta con el ingrato autor de sus días, que ni aun se habia dignado ver una sola vez á

su hijo.

Sin embargo de que no habia adquirido todavia todo el desarrollo necesario, ya se notaba en sus proporciones y en su actitud gallarda, que habia de ser un buen mozo, con la arrogante figura de su padre y la gracia encantadora de su madre.

Contaba poco mas de catorce años, y á pesar de tan poca edad, daba frecuentes muestras de un talento poco comun y de una formalidad demasiado grave.

Guillermina jugueteaba con los sedosos rizos de la negra cabellera que tenia al alcance de su mano, y de vez en cuando se inclinaba para depositar un beso en aquella frente querida.

Vestia un traje de riguroso luto, hallándose con él mucho mas bella porque resaltaba la diáfana blancura de su tez, dando á su espresiva fisonomía una especie de sombra impregnada de un tinte melancólico, que la hacía cien veces mas interesante.

El conde, pálido, pero con una palidez que denunciaba una enfermedad mortal, la contemplaba complacido y sonreía al verla tan feliz, tan alegre en medio de los dos seres que mas amaba en el mundo.

—¡Cuánto tarda el doctor!.... exclamó la jóven; como siempre desconfiarnos de alcanzar la felicidad que nos aguarda, temo que no venga, retractándose de su promesa.

—¡Qué disparate!.... no lo creo yo así, dijo el conde.

—¿Y por qué, amigo mio?

—Muy sencillo: el doctor es hombre de palabra, y faltar á ella sería hacerse poco favor, lo que no está en su delicadeza.

—Es verdad; pero como media Alejandrina, y al parecer siente tanto desprenderse de ese documento!....

—Serán aprensiones tuyas; á ella ¿qué le importa?

—Yo no sé qué misterio veo en todo esto; me dá mucho que pensar y no acierto á comprenderle, dijo Guillermina haciendo un espresivo signo que demostraba una desconfianza profunda.

El conde pensaba del propio modo; y no queriendo aumentar sus temores, se apresuró á replicar:

—Quién sabe si la condesa obedecerá las órdenes de Lúcas de Mendoza; si le vió morir, escucharía sus últimas disposiciones y obrará guiada por ellas.

—Puede ser; quisiera convencerme de su lealtad, arrancando de mi pecho esta sospecha aguda que me martiriza, repuso la jóven

inclinando maquinalmente la cabeza de su hijo hasta apoyarla en su seno.

—¡Pero, mamá! exclamó éste: aquí me tienes prisionero toda la mañana sin permitirme un momento de libertad; por fortuna mi cárcel son tus brazos y mis cadenas las dulces caricias con que me detienes á tu lado.

—¿Y te pesa? ¿deseas la libertad, hijo mio?

—No por cierto, mamá; estoy contento aquí; mas desearia ver á mi querido Senen y á la graciosa Zoa.

—¿No sabes ya que ha cambiado de nombre y se llama Silvia Alvarez Leal?

—Es verdad, no me acordaba; para mí siempre será la Zoa de mi infancia, que corria conmigo en el jardin cogiendo mariposas.

—Ahora tiene una hermana que tú no conoces.

—Y si te empeñas en tenerme prisionero, no la conoceré nunca; por mi gusto, esta mañana hubiera volado á la colonia.

—Qué impaciente eres; ya los verás esta tarde.

—Bien; pero siquiera déjame asomar al balcon mientras tú hablas con el conde; sino, os voy á interrumpir á cada instante y no os dejaré entender, dijo el gracioso niño sonriendo con un aire de infantil amenaza, que hizo prorumpir á su madre en una carcajada.

—¡El rapazuelo!.... ¡y cómo sabe amenazarnos!.... ¡has visto, amigo mio!.... exclamó Guillermina en tono de broma dirigiéndose al conde.

—¡Y tiene razon! contestó éste; los niños son como los pájaros, necesitan para vivir, aire, luz y libertad.

—Muy bien dicho, conde, muy bien dicho; lo ultimo es lo que yo quiero, libertad, dijo el niño, aprovechando un momento en que su madre soltó sus cabellos, para escapar, trasladándose de un salto hasta el balcon inmediato.

Empero, apenàs se asomó, empezó á gritar alborozado, batiendo las palmas con estraño júbilo:

—¡Aquí está Senen!.... aquí está, y Zoa, y qué sé yo quién mas. ... murmuró interrumpiéndose y echando á correr hácia la

escalera, sin que pudieran detenerle las exclamaciones de su madre, que le llamaba loco y aturdido.

—¿Qué novedad habrá hecho venir á Zoa, cuando las tengo dicho no se muevan de la colonia? exclamó Guillermina.

—Acaso vendrá por ver á Lucas, dijo el conde.

No tuvo tiempo de proseguir, porque la puerta se abrió con estrépito, apareciendo Lucas abrazado á Senen y á Silvia; detrás de ellos se presentaron Rosa-Pálida con Ildemaro y Renata, y cerrando la marcha el doctor.

Éste revelaba en su semblante una emocion vivísima; sus ojos, fijos en Lucas, brillaban con un reflejo profundamente melancólico, y sus miembros se agitaban á impulsos de un estremecimiento nervioso que recorría todo su cuerpo.

Tuvo necesidad de sentarse en un rincón del gabinete contemplando aquel cuadro de alegría sin tomar parte en él.

Temiendo no poder dominar su corazón, resolvió presentarse en casa de su esposa acompañado de la esposa é hijos de Alvarez Leal, comprendiendo que le sería fácil ahogar su emoción ó hacerla pasar desapercibida entre la confusa algazara que habian de producir los jóvenes al encontrarse con Lucas.

En efecto, su cálculo fué muy acertado, porque nadie reparó en él y pudo á su sabor gozarse en la contemplación de aquel hijo á quien no conocia, y dominando sus sentimientos, se marcó la línea de conducta que debía seguir con arreglo al plan que se habia trazado y conforme con las creencias que abrigaba con respecto al amor de Alejandrina, que imaginaba poseer.

Guillermina se adelantó al ver entrar tanta gente, y admirada por la expresiva fisonomía de Rosa-Pálida, preguntó:

—¿Qué es esto?... ¿cómo por aquí, hijos míos? y ¿cómo Rosa-Pálida abandona su nido de amores?

—¡Ah, señora! porque el cielo, compadecido de mi desgracia, me ha permitido recobrar mis facultades, contestó doña Lucía; pues ya que éste era su verdadero nombre, no la privaremos de él.

—¿Y habla V.?.... ¡Jesús! ¡qué grata sorpresa!.... exclamó

Guillermina; pero ¿cómo ha sido este milagro? ¿se lo debemos á la ciencia del doctor?

—Mucha parte ha tenido en mi curacion; le estoy sumamente reconocida; mas del súbito prodigio que se ha operado en mi naturaleza, ha sido la causa un malvado.

—Tia querida, no sabe V. lo mejor; si es nuestra madre, dijo Silvia separándose por fin de Lucas y acercándose á ellas.

—¡Qué dices!....

—Sí, señora; esta pobre enferma á la que mirábamos con una compasion profunda, es nuestra querida madre, que fué llevada por muerta al cementerio el año 34, estando solamente aletargada, y al recobrar sus sentidos se halló entre cien cadáveres.

—Si eso ya lo sé, dijo Guillermina interrumpiendo á la jóven; conozco su historia hasta el momento en que, recogida por la condesa, la confiamos vuestra custodia en la casa de curacion, temiendo que fray Severo hiciera alguna de las suyas y quisiera vengarse maltratándoos.

—Pues fué inútil esa prevencion, dijo Senen acercándose á las damas, mientras Lucas hablaba con Renata y el conde con Il-demaro.

—¡Cómo inútil!....

—Sí, señora, porque el indigno ex-fraile penetró al fin armado de un agudo puñal hasta el mismo lecho de las niñas.

—¡Qué infamia! por fortuna las veo aquí sanas y salvas; pero ¿cómo se salvaron?

—Por la milagrosa intervencion de nuestra madre, que se interpuso entre las niñas y el criminal, haciendo que el puñal cayese de sus manos.

—¡Ah, señora! pasé un momento de terrible angustia, continuó Rosa-Pálida; yo no podia escapar ni pedir socorro y veia amenazadas sus inocentes vidas.

—Lo comprendo, repuso Guillermina: pasaria V. un rato cruel.

—Eso fué lo que me salvó, la impresion que me produjo la figura de aquel, última persona á quien yo ví antes de mi supuesta muerte, y el inminente riesgo en que contemplaba á las niñas con-

fiadas á mi custodia, hicieronme obrar un esfuerzo sobrehumano, y prorumpí en un grito demandando socorro.

—¡Qué maravilla! ¿y acudieron á salvarlas?

—No hubo necesidad; porque fray Severo, que me colocó él mismo en el ataúd, me juzgaba muerta, y al verme allí defendiendo á mis hijas, me creyó un espectro, y aterrado, confesó el lazo que nos ligaba, cayendo de rodillas pidiendo perdon, en lugar de herir.

—En aquel momento entramos nosotros, que como sabe V., nos despedimos en el patio grande del Retiro, dijo Senen, y escuchamos llenos de júbilo la declaracion de fray Severo, que nos hacía tan felices devolviéndonos una madre tan tierna y tan amantísima.

—¡Hijos míos!.... exclamó Rosa—Pálida correspondiendo á las caricias que la tributaban Silvia y Senen.

—Me alegro muchísimo de este impensado acontecimiento que os hace felices, dijo Guillermina; bien sabeis cuánto os quiero, y que me asocio gustosa á vuestros pesares ó alegrías.

—Mil gracias, señora; yo he querido venir hoy á manifestar á V. la sincera espresion de mi ardiente gratitud. Ha sido V. para mis hijos una madre, amparándolos en su triste abandono, y la debemos un reconocimiento sin límites, que sabremos guardar toda la vida.

Guillermina la contemplaba absorta. Ambas se habian sentado en un divan cerca del balcon, permaneciendo en pié delante de ellas Senen y Silvia.

Lúcas y Renata estaban en otro lado, hablando con calor como si toda su vida se hubieran conocido, y enfrente, sombrío y caviloso, el doctor negro los contemplaba con una mirada fija y tenaz, que mas de dos veces llamó la atencion de Lúcas.

—¿Quién es ese negro? preguntó á Renata; ¡me mira de un modo!.... ¡y es tan sério!....

—No lo estrañes, debe tener siempre su imaginacion tan ocupada!.... Es un doctor de mucho talento, médico de la condesa Alejandrina.

—Ya recuerdo haber oído á fray Benigno hablarme de él durante nuestro viaje.

—¿Y cuándo has venido?

—Anoche; ¡encontrando tantas novedades!....

—Ya lo creo, aunque no sea mas que la nuestra.

—Y dime: tú me querrás lo mismo que Zoa y que Senen, siendo así que eres su hermana!....

—Por supuesto; sin conocerte ya te queria, solo de oír hablar á mis hermanos de tí.

Como se vé, los dos niños habian simpatizado desde el primer instante y no acertaban á separarse, dejando que la conversacion de los demás se hiciese general y permaneciendo ellos retirados, contándose mútuamente sus ilusiones y sus infantiles juegos.

Ildemaro estuvo contando al conde todo lo ocurrido en la casa de curacion con fray Severo, siendo en tan animada escena el doctor el único que permaneció silencioso sin asociarse á la franca y espontánea alegría de los circunstantes.

Nada tenia de particular semejante retraimiento, cuando en su imaginacion se agitaban mil ideas, ora tristes, ora sombrías, ora impregnadas de ventura y deleite.

Su corazon era un abismo, cuyos recónditos misterios no hubieran podido nunca adivinar los que le contemplaban, entregado á un sentimiento de íntima melancolía.



CAPITULO VII.



Descubrimiento.



El doctor habia conseguido su objeto, nadie reparaba en la emocion que alteraba su rostro, ni ¿cómo era posible? ¡si en aquel reducido gabinete se agitaban llenas de júbilo y de felicidad ocho personas, dejándole á él, único que permanecía triste entre todos, abismado en sus cavilaciones!....

Aprovechando un momento en que la conversacion estaba mas animada, se acercó á Guillermina; ésta se volvió rápidamente y exclamó:

—¡Ah, doctor! nos olvidamos de V....

—Y yo me atrevo á llamar su atencion porque tengo prisa y necesito retirarme.

—Y bien, ¿habrá V. traido el documento?

—Sí, señora, aquí está, murmuró el doctor con una voz casi apagada y sacándole de una rica cartera.

—¡Mil gracias!.... exclamó Guillermina apoderándose de él con un movimiento rápido.